

# De los fraudes a la literatura colombiana

FERNANDO AYALA POVEDA\*

---

## De la soledad a la solidaridad

La biografía pública y privada del escritor colombiano nos conduce a una dimensión desgarradora y heroica de la vida social y cultural de la nación. Bajo el desamparo económico, el escritor colombiano ha sobrevivido a las pruebas más rigurosas del sacrificio y la marginalidad. Puede decirse sin lugar a dudas que el creador mestizo es un apóstol, un mártir y un trabajador esforzado. Como miembros de una comunidad han padecido los mismos conflictos de los hombres sin tierra en un mundo ancho y ajeno, de los inmigrantes asediados por la angustia y la orfandad, y de los miles de hombres que han construido los caminos de la patria y su legado sobre los viñas de sus muertos y de sus epopeyas personales. Según el decir de Mario Benedetti, la soledad del escritor es quizá la más dolorosa asunción de las relaciones humanas: es, por así decirlo, un homenaje al prójimo. De algún modo, para realizar su obra literaria, el escritor tiene que renunciar a sí mismo. De otro modo no podría cumplir su peregrinación de la soledad a la solidaridad.

Cómo ha sido y sigue siendo la odisea del hombre y del creador en esta Colombia tan desconocida y humillada? Las respuestas son múltiples y paradójicas. Nuestra nación ha perdido a sus más ilustres inteligencias entre los apostolados de la libertad. El sabio Caldas representa por excelencia la doble condición del investigador y

---

\* Novelista, ensayista, profesor de la Universidad Central, autor del *Manual de Literatura Colombiana* (Educar Editores) y de la novela del bolero *Amar en Bahía* (Plaza & Janés).

del luchador social. Con su muerte Colombia conquista un lugar de honor en el concierto de las naciones y pierde un eslabón de su progreso científico. Bolívar como protagonista esencial de la historia americana se hizo hombre de acción en dos sentidos plenos: el del libertador y el del escritor. Para Bolívar su desafío se constituyó en un ser y en un hacer. Mientras posibilitaba la libertad de América, escribía su poética emancipatoria. La parábola de su existencia es una suma de renunciamentos, de biografías probables y posibles, críticamente referidas a su ejercicio del poder. Su muerte se circunscribe bajo el signo de la ingratitud y de la grandeza.

El general Uribe Uribe, el civilista, escribe y actúa sobre las realidades políticas y sociales que le correspondió vivir. La inmolación de Uribe Uribe, significa una pérdida invaluable para la inteligencia colombiana y para el desarrollo y la modernización de la patria. Otros escritores como Quintín Lame o como el Padre Camilo Torres cayeron en el vértice de las guerras civiles y con su ausencia la república perdió su capacidad de organización, y desarrollo de la ciencia y la cultura.

En efecto, Colombia ha asistido a la crucifixión de sus intérpretes con la actitud de quien no sabe que es la suya propia y de que el vacío que ellos dejaron aún no ha sido ocupado con las simientes de una voluntad histórica de renovación e identidad auténtica. Las tareas que se han emprendido para valorar la vida y el legado de tantos hombres trascendentes son en su mayor parte ingratas, porque se han basado sobre el autodesprecio, la crítica política y la visión efectista y afectista de los autores que han tomado parte en este gambito de dama.

El segundo conjunto de escritores lo conforman los hombres de acción y los proyectistas con visos utópicos. Entre ellos se destacan los poetas presidentes que gobernaron como poetas y escribieron como presidentes. Cada uno de ellos practicó el altruismo, el idealismo, la poetización de la muerte y de los dramas sociales, mientras las guerras civiles y la realidad social los desvertebraba y Colombia contemplaba atónita el desangre de la voluntad creadora, los experimentos constitucionales y la pérdida del canal de Panamá. Frente a esta coyuntura, la poesía presidencial fundamentó la tradición filológica y estableció para ese conjunto de autores una de las ironías más cáusticas de nuestra historia, la cual puede condensarse en su poética del desencanto sobre sí mismos. El tercer conjunto de escritores lo configuran los poetas románticos y

modernistas, o los trágicos. Su existencia y su obra literaria es ilustrativa. Todos fueron hombres de acción y creación. José Asunción Silva lo ganó todo y lo perdió todo. Como comerciante fracasó, su poesía sobrevivió a todos los naufragios, y finalmente el fatum sombrío lo encerró en los muros del suicidio. Barba Jacob, el peregrino, fue devorado por los halagos dionísicos, apostó su seducción a las caprichos de la élite presidencial de otros países y al final su propio pandemonium lo arrastró a la muerte. Guillermo Valencia se exiló a otras fuentes de ilusión para no verse el rostro de su angustia. José María Vargas Vila, no sospechó que cuando libró su batalla anticlerical, habría de luchar por el resto de su vida contra ese fantasma mórbido, que marcó su obra hasta 1960, y que por lo tanto, no permitió que el lector la asumiera como una voz de emancipación americana. La bohemia de Julio Flórez en los medios burgueses y su poética popular le deparó una trampa entre los críticos, los cuales le echaron encima la infamia de ser un alcohólico y un analfabeta. Finalmente se hallan los creadores que por diversos conflictos personales y familiares, se derrumbaron en la locura como Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía, los cuales, en contrapartida trabajaron una poesía dramática, arraigada al mundo de la aldea y del aire saludable.

En último lugar están los escritores cronistas o testimoniales, todos asediados por los problemas existenciales, ejerciendo la vida como poetas malditos, o ya como militantes de una causa social. Los primeros tuvieron la droga, la anarquía, el nihilismo y el camino iconoclasta como banderas, y los segundos, la amargura de ser hijos de la violencia, la cárcel, y la denuncia política como tema.

El escritor colombiano se ha movido desde la fundación de la patria entre dos trabajos distintos, el de escritor y el otro: el de luchador social, hombre llave, político, abogado y profesor universitario. Los otros, los sobrevivientes perpetuos, han vivido constreñidos a la desgracia y a la miseria, aguardando la revolución social o el milagro de una mano amiga, ya padeciendo ese opio del éxito inexistente, ya asumiendo su miseria como un apostolado hasta que los sepultan de pie. Los otros, no tienen seguro social, balance de derechos de autor, capital o bienes raíces, títulos universitarios, carnet político o carta de terratenientes o de industriales. En otra dimensión se sitúan los que se confrontan como escritores profesionales así no vivan del oficio, pero sí de esa vocación de ser, de esa dignidad que es igual a la de las demás profesiones nobles.

Este es un esbozo del escritor colombiano, de su épica y su paradoja. Ellos son los que han creado el espacio de la solidaridad y de la autointerpretación de nuestra identidad espiritual y cultural. No son diferentes de los escritores rusos o franceses. Todavía no han conocido los halagos de independizarse gracias a su profesión como los autores norteamericanos. La gran mayoría de los poetas y narradores colombianos son marginales, fundamentan la conciencia crítica de Colombia y del mundo moderno. Como rebeldes se ven sometidos a un editor. Como solitarios esperan la lectura solidaria de un lector para que su obra se haga actuante. Para el escritor nacional muy pocos son los reconocimientos de parte de instituciones, premios nacionales o internacionales a su obra. La crítica apenas en ciernes en nuestro medio no lo valora. Los suplementos literarios deprimidos no divulgan sus producciones. "La cultura no vende un periódico y de ahí el surgimiento de las revistas sociales" justifican los directores. La juventud colombiana no cree en sus letras porque la confunde con la retórica política o con una democracia formal que promete todo y no cumple con sus deberes culturales. El duelo de soledad de la provincia, el regionalismo, el analfabetismo social y profesional, la lucha por las necesidades primarias, acentúa el estado de sitio al escritor, las letras y la nación. El problema se hace extenso y no se restringe al mundo de la literatura. En toque de queda se hallan las bellas artes, la investigación científica, la música, la historia, pero también la salud pública, la educación, los ejércitos de hombres inmigrantes.

La problemática de la literatura colombiana se nutre de la vida de los hombres que la hacen, de la historia oficial y clandestina del mundo, de las angustias y maravillas de un pueblo ecuménico. Esa tradición literaria puede ser negada, transformada o afirmada sobre tales realidades. No existe un escritor ni una corriente literaria. La literatura colombiana conforma un proceso literario, un diálogo de voces diverso, versátil y protéico, que ilumina el rostro del mestizo con distintas posibilidades. Pero por encima de cualquier crítica ideológica, las letras nacionales jamás han sido ni son una propuesta a la renuncia de nuestro país y nuestros sueños. Jamás, bajo ninguna circunstancia, la literatura colombiana se afirma en la exterminación del hombre por el hombre. Es más bien una tentativa permanente por salvar a la humanidad de sus tinieblas. Esa es su verdad.

Naturalmente, frente a este orden de la historia, es necesario que el escritor y el lector no declinen al poder que tienen como ciudada-

nos. Tanto el uno como el otro permiten que el administrador debilita la voz del artífice. De ahí que las relaciones entre el escritor y el Estado estén quebrantadas. El escritor y el lector, mientras la democracia persista, deberían participar en la defensa de la cultura. Los memoriales de agravios al Estado, el desprecio por las instituciones de cultura que manejan los políticos, pero también intelectuales honrados y entusiastas, son formas de concesión erróneas. El escritor y el lector no pueden ignorar que la cultura es un bien común y que las instituciones que la representan deben ser transformadas en organismos vivos y reales. Curiosamente, el escritor se aísla y en razón a que precisa su destino en su trabajo literario, observa con desdén estos procesos culturales. En efecto, como sostiene Gabriel García Márquez, el primer deber de todo escritor es escribir bien, pero igualmente, dentro de ese deber está el de convertirse en un luchador de la cultura, para que su fruto literario y la tierra que le dio la vida tenga una segunda oportunidad sobre la muerte.

### **El problema de la autointerpretación**

La literatura colombiana responde a una necesidad de autointerpretación. No existe nación sin autoconocimiento de su identidad, su filosofía de ser, su palabra y su historia. La literatura colombiana ha creado un espacio de intercomunicación entre las provincias, ha otorgado a nuestro país en el exterior una presencia real, y se ha sumado a la investigación en general sobre nuestro ser y quehacer.

La búsqueda de esta autointerpretación es una problemática aguda, que en Colombia tiene ejemplos clásicos. La primera visión que se puede apuntar es la indagación del indio, el negro y el mestizo. Al respecto existen varias corrientes en conflicto. La primera se aproxima al indio como un ser sin alma, lleno de vicios, más dado a la herejía y a las fuentes paganas que a las normas sagradas de occidente. El indio aparece como el hijo de una raza vil, llena de altares ensangrentados, hipócrita, suicida, débil para el trabajo, violento por la herencia de los pijaos, chibchas o guajiros; que no se hace productivo en la sociedad señorial o capitalista, y que hoy se le señala como uno de los principales cómplices del cultivo de las plantas mágicas y alucinatorias.

En *El Carnero* de Juan Rodríguez Freyle, y en *Lejos del Nido* se ilustra esta versión del indio sombrío y transgresor de las nor-

mas jurídicas y religiosas. En *Lejos del nido* Juan José Botero expone la ignorancia invencible del indio en Antioquia. La atrocidad y la ignorancia del indio se revela a través del secuestro de una niña blanca por una familia indígena que la maltrata. El autor exterioriza la causa de este incidente como la falta de educación del indio.

Por otro lado, en la literatura del realismo social el indio es precisado como objeto de martirio, bandera de denuncias sociales y luchador social, los ejemplos corresponden a *La obsesión* de Daniel Samper Ortega, y *José Tombé* de Diego Castrillón Arboleada. *La obsesión* basa su acción en la región de Boyacá, suroeste de Bogotá, donde el sistema colonial de encomienda había sido conservado más tenazmente que en otras regiones y los indígenas servían de peones para los hacendados. Se trata de la rebelión del indio contra su amo. *José Tombe* es una novela de rebelión de los indios de Moscopán. La trama se concentra en la realidad reconocida por los indios, pero ignorada por los blancos. El protagonista indio dirige una rebelión de su raza contra la autoridad provincial y el cruel encomendero, la cual resulta en balde, dejando un eco de violencia.

La mirada a los mitos, la interioridad, la capacidad creadora y espiritual del indio se edifica a partir esencialmente del comunero como hombre, con capacidad de hacer historia. *El Yuruparí, Relatos primitivos contados otra vez* de Hugo Niño, *La Poesía olvidada e ignorada* de nuestra América de Jorge Zalamea, recrean la dimensión dramática de la sociedad indígena y nos permiten comprender de manera auténtica que todo mestizo tiene voces interiores, costumbres, palabras secretas, invocaciones, que devienen de la sangre primera.

Sobre el negro se ha entregado una crónica de sus vocaciones al alcohol, la pereza, la sexualidad y la magia negra, su inclinación dionísiaca hacia la música y la danza. El negro ha sido más que vivido, contemplado en un entorno lejano, exótico donde una mujer se halla junto a una palmera sonriendo con sus dientes de coco. De esta manera, al igual que con el indio, se simplifica la riqueza extraordinaria del hombre negro. Ejemplo de esta versión lo ofrece *Sol en Tambalimbú* de Daniel Samper Ortega y textos parciales de *La poesía afrocolombiana*, la cual, por hacer una defensa de la raza confirma todo lo contrario, al mostrar una postal de turismo.

Entre las obras que han preguntado por los valores y la épica del negro en su plena belleza y misterio, se hallan: *Las estrellas son negras* de Arnoldo Palacios, *La poética* de Candelario Obeso, *Risaralda* de Bernardo Arias Trujillo, *Tierra Mojada* de Manuel Zapata Olivella, obras que descubren las luchas, los conflictos familiares, el delirio y el trabajo marino, el habla regional del mundo de los hombres de ébano.

*Risaralda* relata la vida del negroide en Sopinga del valle de Risaralda. Esta novela, que es más la biografía de un pueblo en un momento grave y decisivo de su destino, contiene la intuición profética de la violencia que vendrá a azotar al país trece años más tarde.

*Tierra Mojada* se refiere a la región del Sinú, tierra mojada, tierra arrocera, tierra del negro, tierra donde entre siembra y cosecha, la peripecia universal del pobre demuestra distintivos brochazos de amargura.

*Las estrellas son negras* revela la crónica de Irra bajo el emblema del hambre. Novela cruda, naturalista, que penetra en los caminos roñosos y sórdidos de la existencia de un hombre acosado por el desamparo.

El mestizo afronta diversos matices. Es concretado como el hijo sin padre, eterno luchador sin tierra, víctima de las guerras civiles, hombre del éxodo, inquilino en las casas sombrías de las ciudades, analfabeto, líder político, amante burgués, traidor de sí mismo. Los enfoques son contradictorios y precisamente por ello enriquecedores. El mestizo aparece como el héroe guerrillero, como el luchador sindicalista o como el hombre que lo devora la selva. Cada una de esas interpretaciones presenta la indagación ingenua, idílica, heroica y quijotesca. Confluyen en este nivel tan rico en ejemplos, obras tales como *Una derrota sin batalla* de Enrique Pardo Farelo, memoria y sátira política a través de un empleado provincial que se halla en medio de las trapacerías y socaliñas de los jefes públicos inescrupulosos. *Sol en Tambalimbú* de Diego Castrillón Arboleda, retrata al mulato como un desterrado de la sociedad colombiana y sugiere la incapacidad del mulato en la competencia política y social.

Puede decirse sin lugar a dudas que en Colombia la novela es la historia clandestina del país y que la historia nacional es una de las novelas más fascinantes del anecdotario personal de los caudillos.

Como fundamento de la novelística colombiana que da pie a la autoconciencia de su personalidad y su epopeya diaria, los escritores han tomado ejes centrales para construir sus relatos. Estos ejes son entre otros: los monocultivos y los recursos naturales, las guerras civiles de todo cuño. (Las declaradas y no declaradas) y las luchas de clase alrededor de la tierra, el salario, el sindicato, y la injusticia, las luchas universitarias y la música.

*María y Manuela* giran alrededor de la caña de azúcar y de la producción de los trapiches. *La Vorágine* y *Toá* de César Uribe Piedrahita tienen su centro en el drama del caucho. La obra completa de Adel López Gómez tiene su centro en el mundo del café". *Cien años de Soledad* se organiza en torno al banano y su tragedia.

Con la saga de Carrasquilla que esboza el oro y su despojo, *Mancha de aceite* de Uribe Piedrahita, *Barrancabermeja* de Rafael Jaramillo Arango y *Orú: aceite de piedra* de Gonzalo Canal Ramírez, el petróleo se transforma en un espacio de lucha de clases. *La rebelión de las ratas* de Fernando Soto Aparicio profundiza la miseria del minero en el reino del carbón.

Las temáticas siguientes se agrupan en las novelas del realismo social, testimonial y neocrítico. Mejía Vallejo con *El día señalado* "precisa el vértice de la violencia", Pedro Gómez Valderrama con *La otra raya del tigre* identifica las guerras económicas de la quina, Eduardo Caballero Calderón con *El cristo de espaldas* ahonda la epopeya del campesino, José Antonio Lizarazo contiene en *El día del odio* la violencia urbana, Alvaro Cepeda Samudio con *La Casa grande* la violencia familiar y social, Gustavo Alvarez Gardezabal, con *Condorez no entierran todos los días* atrapa el rostro de los exterminadores de almas y vidas, y Andrés Caicedo, dibuja el mundo de la música y la droga, Carlos Perozzo se adentra con *Hasta el sol de los venados* en los meandros de los rebeldes universitarios, y muchos narradores más cristalizan las luchas sin fin del frente nacional, y la dimensión de la música alrededor del rock, el tango, la salsa, el corrido y el bolero. Pues bien, durante muchas décadas esta autointerpretación fue subestimada. Jamás se pensó que detrás de la naturaleza idílica de *María* se hallara una riqueza extraordinaria, y mucho menos que bajo esas fábulas literarias posteriores se revelará que las guerras civiles eran en verdad guerras económicas, que en las entrañas de esas montañas sin más valor que el de un escenario para paseos de fin de se-



mana, se cimentaran los tesoros más grandes de Colombia. De repente, la autointerpretación de tantas generaciones de escritores encuentran en la novela colombiana una fuente de primera mano para descender hasta el infierno verde, las junglas de cemento, la quiebra de valores, la inmoralidad pública, los efectos de las guerras civiles y las crisis morales y sociales de una comunidad. En realidad, las víctimas como víctimas no permitieron apreciar que las trescientos mil víctimas de la violencia no importan únicamente como inventario de muerte sino por lo que esos hombres no construyeron, por los hijos que no llevaron su memoria, por el tiempo que les faltó para nutrir a plenitud su patria amorosa para perpetuar la especie y la belleza de su tierra.

Esa es la gran tragedia del siglo XX en Colombia y en razón al desconocimiento de esa realidad, el mestizo fue víctima de sí mismo por omisión o acción. Leyendo las novelas colombianas se descifra la realidad propia y universal. Esta saga de ficción, que muchos miran con un sentido de autonegación y escepticismo, resiste todas las preguntas. Es un deslumbramiento comprender por ejemplo el ser y la naturaleza de Macondo, es decir de la aldea colombiana, la historia de su fundación, sus relaciones comerciales, el papel de la iglesia, las luchas sociales entre nacionales y extranjeros, el universo irracional de los servicios públicos, la personalidad de centros productivos, el río y el mar como protagonistas de comunicaciones, el telégrafo y el cine como formas culturales, los prostíbulos como bancos de transacción económica y sexual, la salud pública y las endemias babilónicas. Ese Macondo que es análogo a los mundos de Carrasquilla, Rivera, Soto Aparicio, Caballero Calderón y otros autores, expresa la condición histórica de la sociedad colombiana en términos de identidad, economía, política, antropología y filosofía. Tal vez, por esta fuente de memoria y revelación de la literatura, los norteamericanos, ingleses, rusos y franceses, tienen certeza del mundo en que nacen, viven y mueren. No existe literatura de ningún parte escrita por nadie. La literatura surge de la comarca esencial, de una sociedad concreta y se hace universal por sus respuestas ante el dolor, el absurdo y la creación, la vida y la muerte.

El tiempo y el espacio en estas zonas tórridas tienen una poética de iluminación. Ese tiempo biológico cronológico, natural (las lluvias o el desbordamiento de los ríos) y psicológico, en el cual vivimos, se convierte en la novela en una filosofía de exterminio o de liberación. El tiempo perdido de un paciente en un hospital,

el tiempo inútil de las guerras civiles, el tiempo de los viajes por carreteras agrestes en transportes irracionales, el tiempo de la prisión y de los hombres que no llegarán a la universidad jamás y que si llegan no tendrán empleo, es el tiempo histórico y carnal que se confronta tanto en la novela colombiana como en la latinoamericana. El ejemplo categórico lo ofrece *El coronel no tiene quien le escriba*.

El espacio, infinito indominable, los tres pasos que separan a un recluta del oficial, el volumen violentado de un hombre en un bus, la cama hospitalaria demandada por mil hombres, las ciudades horizontales y no verticales, la coexistencia de arquitecturas deslumbrantes que anonadan (La iglesia colonial, el edificio neoclásico, el rascacielos, la cabaña y la tienda de los errantes, se concentran por ejemplo en la avenida Jiménez con séptima en Bogotá) las bocacalles de violencia, donde reza el adagio "O me matas o te mueres", vibra en la palabra literaria de *Sin tierra para morir* de Eduardo Santa.

Los argumentos que los creadores colombianos entrelazan son los cotidianos, aquel del hombre que salió al trabajo y no regresó nunca, la crónica de una mujer idealista estafada por el amor como en el caso de *María y La Marquesa de Yolombó*, el relato de la infidelidad y la familia desintegrada, las pequeñas y grandes batallas del oficinista, la secreta existencia de la secretaria y el boxeador, son las fuentes de búsqueda en tantas obras singulares de hoy y de ayer. El escritor no crea la realidad sino que la realidad lo nutre y el drama se le impone. Lo extraordinario en Colombia es lo cotidiano y lo rutinario es lo extraordinario. Por eso lo argumental de la novelística moderna se construye en lo fantástico, el realismo mágico y la memoria de lo tenebroso. Las noticias corrientes lo dicen: "Un hombre muerde a un perro", "Ayer murió la mujer araña", "Los peculados en Colombia equivalen a la deuda externa", "Un bus arrolla en el dormitorio familiar a tres niños", "La amibiásis es un orgullo nacional". Todas estas realidades son afrentas y como la muerte son el orden natural, que para ser superadas, los escritores les otorgan una condición crítica en la conciencia de quien lee, actúa y crea.

Y al final del camino que comienza por siempre se halla la palabra literaria, la gran palabra conjuradora, evocadora, pertinaz, siempre reinventada y siempre designadora de realidades inéditas. Esa palabra llega a la novela nacional por los caminos de la colonización

antioqueña, proviene del habla popular del mar pacífico y Caribe, crepita como un pan en el horno en el hombre de Boyacá y de Nariño, duele con un dolor verdadero en la expresión guajira y llanera. Las letras nacionales son un código de los lenguajes populares donde las pasiones, los deseos, las pugnas y las miserias, alcanzan significados distintos.

Trescientos millones de almas hablan el español de su vida, veintiocho millones de colombianos se expresan en el idioma de Cervantes. Bajo ese signo, los mestizos se comunican en los trenes y en los hospitales, se traicionan y callan, los dictadores blasfeman y los obreros cantan. En ese español han vivido, amado, enterrado a los muertos y recibido a los hijos del futuro. El verbo hecho carne, la historia transformada en tradición oral, constituyen las memorias genealógicas, sociales y morales de esa estética que es la expresión literaria mestiza. La fidelidad de la narrativa colombiana ha sido total a la comunidad que la sustenta. Los regalos de esa gran fábula vienen por añadidura: el regalo de una felicidad entre las flores de *María*, el humor y la nostalgia bajo el castaño de los Buendía, la ternura bajo el cielo de *Zoro* de Jairo Aníbal Niño y tantas otras gracias y dones que la palabra entrega a quien se confronta con un libro como un luchador y un creador. De esta condición maravillosa, la narrativa colombiana pide ser vivenciada para hacerse comunión social, liturgia de sobrevivencia en un país de desesperanza, renovación de fuerzas en una zona de silencio.

Los aciertos y las equivocaciones de las autointerpretaciones que ofrecen las letras nacionales forman parte de un proceso histórico. Los enfoques ideológicos, las técnicas literarias, el manejo de los lenguajes regionales, la novela de denuncia política, la imitación de modelos literarios extranjeros, esperan la crítica de sus lectores para enriquecer su validez o para corregir el proceso en los trabajos de las nuevas generaciones. Sin reflexión crítica todos tienen la razón y nadie la tiene, excepto la anarquía y el monólogo del bárbaro. La posición objetiva exigente en lugar de la visión afectista, puede ser el canal para vertir tantas incertidumbres, preguntas y revelaciones sobre el proceso literario de Colombia. Nuestras letras no son una ínsula. Están inmersas en el desarrollo cultural de América Latina y del mundo, y en la medida en que la palabra literaria nacional alcance su madurez, enriquecerá la búsqueda del mestizo continental.

Inicialmente, el hombre de América fue interpretado por el europeo y fue víctima de esa mirada errónea porque terminó haciéndolo.

la suya. Ciertamente la “papa” no es tomate de tierra ni las “mujeres del sur” de Colombia son “Amazonas” sino hijas de un encuentro de culturas y de una sangre primordial. El mestizo no puede seguir negando su fisonomía ni su tragedia o su felicidad. Las máscaras deben caer para que el perfil del colombiano ilumine el rostro universal.

La autointerpretación y la lucha por la autodeterminación de América, ha cambiado el orden del olvido y de la impostura. Durante muchos años los escritores latinoamericanos tuvieron que ser reconocidos en el extranjero para ser leídos en su tierra. Por eso, algunos novelistas y poetas realizaron su peregrinación a París, Madrid y Roma en busca del laurel. Hoy, innumerables escritores están de regreso, porque en América Latina se ha creado un numeroso continente de lectores que los reclaman. En la memoria de la historia clandestina surgen ejemplos hermosos de este cambio. Ahí perviven las noches de las lecturas en voz alta de las obras de Ciro Alegría por parte de sus hermanos indígenas. No es sorprendente hallar estas muestras de fervor por una literatura que recrea una historia legítima de los hombres del nitrato o de los seres solitarios. Son ejemplos que permiten creer que las literaturas nacionales cobrarán su plenitud en un futuro cercano porque habrá un lector más para potenciarla con nuevo vigor.

Carlos Fuentes apunta al respecto:

Si los hispanoamericanos somos capaces de crear nuestro propio modelo de progreso, entonces nuestra lengua es el único vehículo de dar forma, de proponer metas, de establecer prioridades, de elaborar críticamente un estilo de vida determinado: de decir todo lo que no se puede decir de otra manera. Creo que se escriben y se seguirán escribiendo novelas en hispanoamérica para que, en el momento de ganar esa conciencia, contemos con las armas indispensables para beber el agua y comer los frutos de nuestra verdadera identidad. Entonces esas obras, esos pasos perdidos, esas rayuelas, esos cien años de soledad, esas señas de identidad, esas casas verdes, esos jardines de senderos que se bifurcan, esos laberintos de soledad, esos cantos generales, aparecerán como “las mitologías sin nombres. . . . anuncio de nuestro porvenir”.

La problemática de la literatura colombiana es un desafío para el escritor, el lector y la sociedad colombiana. Asumirlo es una manera también de afirmar la nacionalidad y el pleno sentido de ser

hombres universales, amantes de todas las culturas porque amamos la nuestra, lectores de todos los códigos porque conocemos el nuestro, dueños de nuestro destino porque pacientemente lo pulsamos como un sueño jamás perdido.

## La poesía del frente vivencial

JOAQUÍN PENA GUTIERREZ\*

En esta época de crisis mundial  
de un mundo que se desmorona  
de un mundo que se desmorona  
de un mundo que se desmorona  
de un mundo que se desmorona  
de un mundo que se desmorona  
de un mundo que se desmorona  
de un mundo que se desmorona

ALVARO (Viviente-Huésped)

Hugo Friedrich, citando por Roberto Gossé diez reñidos a la poesía de Mallarmé y en particular a su poema "Santo", "En efecto, semejante juicio ya no tiene nada que ver con la poesía del siglo veinte, la poesía de la experiencia o la poesía del fenómeno". Y el resultado continúa.

El poema "Santo" de Mallarmé es una muestra clásica de lo que se ha dado en llamar "poesía pura", "desobjetivada", "poesía pura" - dijo Valéry a Jorge Guillén - es todo lo que permanece en el poema después de haber eliminado todo lo que no es poesía. Para eso igual a simple procedimiento. Y Pablo Neruda tomando una posición un tanto más cercana a la de su escrito sobre lo que él llama "poesía sin purgas": Así sea la poesía que buscamos, así sea como por un lado por los debates de la forma, penetrada por el amor y el humor, objeto a una y a su vez, se busca por los diversos procedimientos que se ejercen dentro y fuera de la ley. Una poesía im-

\* Licenciado en Historia, profesor de la Universidad Central, poeta y ensayista.